

Piii, Piii, Piii, Piii, Piii, Piii...

Eran las seis y veinte de la mañana cuando aquel maldito despertador le arrebató bruscamente de los brazos a una preciosa y juguetona rubia. Bruno supuso que la explicación a los sueños eróticos de estos últimos días tendría algo que ver con las 72 horas de abstinencia sexual que le había ‘sugerido’ su médico de cabecera para poder realizarle ‘la prueba’. -A tientas apagó la alarma como pudo y continuó durmiendo.

-¿Cuánto lleva intentando tener niños? -preguntó el doctor Morales.

-¡Uhhmm!, no sabría decirle... Sobre un año y nueve meses, más o menos.

-Parece bastante tiempo, -puntualizó el doctor mientras se rascaba su gran bigote -pero conozco un matrimonio que empleó casi diez años en conseguirlo. Aún así, para salir de dudas, habrá que proceder a realizarle un espermiograma.

El doctor comenzó a rellenar el volante, mientras Bruno quedó abstraído pensando en lo que acababa de escuchar. Completado el formulario, hurgo en su cajón, en busca de algo. Como si se tratase de un mago sacando un conejo de su chistera, extrajo un pequeño bote que colocó sobre su escritorio de un brusco y sonoro golpe que sacó a Bruno de su profundo trance y le devolvió a la cruda realidad.

-¡Joder, qué susto, doctor!- exclamó Bruno sobresaltado.

-Perdone, no era mi intención asustarle. ¿Sabe para qué es esto, muchacho?- dijo mientras le mostraba el recipiente con su mano izquierda.

-No sé. ¿Para tomar chupitos? -bromeó Bruno, intentando hacerse el simpático.

-¡Déjese de pamplinas! No estoy aquí para escuchar sandeces y perder el tiempo, debe introducir en él sus gametos masculinos para poder hacerle un recuento.

-Perdón... ¿Cómo dice?- preguntó Bruno confundido.

-Sí, que recurra al onanismo y deposite en su interior su líquido semi-

nal.

-Ona... ¿qué? ¿Doctor, sería tan amable de traducírmelo a un lenguaje más coloquial para que yo pueda entender?

-Faltaría más... ¡QUE SE HAGA UNA PAJA, JODER, Y LLENE EL BOTE DE ESPERMA, COÑO!

Perplejo ante la contundente y directa respuesta del doctor Morales, comenzó a ladear su cabeza de un lado a otro y a tragar saliva con gran dificultad, al igual que un joven torero el día de su alternativa. Avergonzado y nervioso, Bruno preguntó al doctor:

-¿De esperma? ¿Aquí? ¿Ahora? Pero, ¿cómo voy a llenar yo ese bote? ¡Ni que fuera un caballo percherón! Tardaría semanas en completarlo, qué digo semanas, ¡AÑOS! Además...con usted delante...no sé si podré. Me da un poco de corte.

Durante unos interminables segundos, hubo un silencio sepulcral que se rompió en el momento en que el doctor comenzó a hacer extraños gestos como si no pudiera respirar.

-¿Se encuentra usted bien? ¡Dígame algo! - Voceó alarmado Bruno.

Entonces, ocurrió: El imperturbable e inexpresivo doctor, D. Antonio Morales Chacón, más conocido como «el doctor Mohíno» por su palidez casi cadavérica y su semblante triste, soltó una descomunal y sonora carcajada que retumbó en todo el centro médico.

- ¡JA, JA, JA! ¡Hacerlo aquí! ¡JA, JA, JA! No, hijo mío, no. Se lo lleva usted a su casa y allí tranquilamente... ¡JA, JA, JA! Además, no es necesario que lo llene. ¡JA, JA, JA! ¡Faltaría más! ¡Ni que fuera un surtidor! Con una pequeña muestra nos vale. ¡JA, JA, JA! ¡Llenar el bote! ¡JUA, JUA, JUA!

Abochornado, agarró el bote y el volante e intentó escapar de allí como alma que lleva el diablo, pero, al disponerse a salir, el doctor reclamó, entre risas, de nuevo su atención.

-¡JUA, JUA, JUA! Recuerde, nada de sexo. ¡Durante tres días! ¡JUA,

JUA, JUA! ¡Ni mirársela! ¡JUA, JUA, JUA!

Bruno cerró la puerta lo más rápido que pudo para evitar que escapase a través de ella la potente e irritante risa del doctor. Pero fue del todo inútil. Con la misma fuerza con la que las olas rompen en las rocas, su siniestra carcajada recorrió el centro médico de punta a punta inundando todo a su paso, y así, la sala de espera en la que minutos antes los enfermos intercambiaban toses y algún que otro virus, enmudeció por completo.

Presuroso, cruzó el pasillo ante las caras atónitas de los pacientes, pero al doblar la esquina se topó de bruces con Doña María, la más hipocondríaca y obsesiva mujer que haya pisado la faz de la Tierra. Además, Doña María ejercía la profesión más antigua del mundo, no, no era prostituta, mucho peor, era «cotilla» y siempre andaba al acecho, a la caza de algún jugoso cotilleo que poder compartir con todo el barrio.

-¿Cómo lo ha hecho? - Y con esta inocente pregunta comenzó el interrogatorio.

-¿Hacer qué? - preguntó a sabiendas de que se adentraba en un terreno fangoso.

-¡Hacer reír al doctor! Tiene usted que ser muy gracioso, ¿eh? En todos los años que llevo viniendo a esta consulta, no había visto al doctor esbozar ni una leve sonrisa, pero usted ha conseguido lo imposible. ¡Deberían darle un premio!

-¡Sí, un premio a la torpeza! Por cierto, ¿qué le ha pasado en el brazo? ¿Se lo ha roto? -Bruno intentó distraerla interesándose por sus supuestas enfermedades, ya que sabía que era la única forma de parar su ansia de saber de las vidas ajenas.

-No, hijo mío. Llevo unos días que me duele y yo misma me lo he vendado.

-Tranquila, verá como no es nada, se lo digo yo, que para eso tengo mucho ojo.

-¡Dios le oiga, joven, Dios le oiga! -se lamentó mirando al cielo.

-Cuídense y dé recuerdos a Don José -Bruno se despidió y continuó su camino.

Ya en el interior del metro, encajado a presión en un estrecho y abarrotado vagón, entre sobacos mal olientes que colgaban de la barra como jamones en una taberna, Bruno pensó en la suerte que había tenido. No era normal escapar ileso a un encontronazo directo con la máxima dirigente de las S.S. (Señoras Supercotillas). Respiró profundamente y se alegró, pero en su cabeza todavía resonaba la macabra risa del doctor. -JUA, JUA, JUA! Tres días sin sexo, tres días sin... *Piii, Piii, Piii, Piii, Piii...*

-Bruno, Bruno. ¡Despierta! ¡DESPIERTA!

-¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Qué pasa? -preguntó desorientado.

-¡Apaga el despertador de una vez! -murmuró Eva enfadada.

-¿Cómo? ¡Ahhh, sí! Lo siento, cariño. Me había vuelto a quedar dormido.

Piii, Piii... ¡CRASH! Bruno soltó un violento manotazo que puso fin a la estridente alarma que le estaba perforando su cerebro como si se tratara de un martillo hidráulico levantando la acera de una ciudad y se incorporó de la cama con gran dificultad. Todo le daba vueltas, su dormitorio parecía uno de esos tiovivos que giran a gran velocidad, pero su lengua cuarteada y el sabor a güisqui de su gáznate le hicieron recordar que lo que tenía no era nostalgia por el parque de atracciones, sino una resaca de campeonato.

Como Escarlata O'Hara en 'Lo que el viento se llevó', juró una vez más que aquella sería la última juerga que se correría con sus compañeros. Pero, como todos los bebedores del planeta, no atribuyó su malestar al gran número de cubatas ingeridos, no, eso sería demasiado obvio, era más fácil pensar en la conspiración en la que todos los hosteleros y bares de copas del país estaban implicados y que se resumía en la siguiente frase: ¡'PA' MÍ QUE EL GÜISQUI ERA DE GARRAFÓN!

Curiosamente, el garrafón siempre se dispensaba en el último garito y en la última copa que uno bebía.

-¿Qué hora es, cariño? -preguntó Eva, mientras se tapaba la cabeza con la almohada.- Y, ¿a qué hora llegaste anoche?

-A tu primera pregunta, muy pronto y a la segunda, muy tarde -dijo mientras estiraba los brazos y soltaba un largo bostezo -Tú sigue durmiendo, yo tengo que ir al hospital para "la prueba", aunque creo que es una tontería...

Eva se incorporó de la cama como si tuviera un resorte en el trasero y paró en seco el discurso de Bruno, que ya se conocía al dedillo tras varias semanas de discusión.

-Ya hemos hablado largo y tendido sobre ese tema, ¿no te parece?

-¡Pero cielo! -Interrumpió Bruno- Me da vergüenza ir con mi esperma metido en un bote. ¿Y si alguien me viera? ¿Y si me encontrara con Doña María, eh?

-¿Y tú crees que a mí me gusta ir al ginecólogo? -dijo Eva, molesta- Tumbarme en una fría camilla y abrirme de piernas delante de un desconocido, como si fuera un pavo al que están preparando para guisar, en espera de que le metan el limón por el...

-¡Vale, vale! Reconozco que los hombres somos unos quejicas, supongo que lo llevamos en los genes. Está bien, lo haré, llevaré todos mis espermatozoides y se los daré a la primera enfermera que me cruce en el Hospital.

-Recuerda, Bruno, dar, no echar, ¿eh?

-¡Ja, ja, ja! Importante matiz, trataré de no olvidarlo.

-Eso espero, porque si no... ¡ya sabes!- Eva levantó su mano y puso dos de sus dedos simulando unas tijeras. ¡TE LA CORTO!

-¡JA, JA, JA! -Los dos rieron y se besaron como dos adolescentes enamorados.

Segundos después, Eva se desplomó dormida. Él la contempló unos

instantes antes de cubrir con gran ternura su desnudo cuerpo con la sábana que tantas noches de pasión había compartido junto a ellos y encaminó sus pasos hacia la cocina arrastrando sus pies cual zombi recién sacado de una de esas películas malas de serie 'B'. Al llegar al fregadero, abrió el grifo de agua fría y, sin perder tiempo, introdujo la cabeza para beber directamente a morro. Completado el trasvase de H₂O y a punto de salirle el agua por las orejas, encendió el calentador y fue directo al baño donde se dio una larga ducha que hizo que su malestar se marchara por el desagüe entre el agua y el jabón, y así quedó como los vehículos de ocasión, ¡seminuevo! Bruno estiró su brazo para alcanzar el albornoz rojo de seda que colgaba tras la puerta, un regalo de Eva por su tercer aniversario de boda. Él odiaba aquel batín, no sólo porque con él puesto parecía una versión cutre del malévolo 'doctor Fu-manchú', sino porque su tejido de fina seda al tacto le producía una horrible e insoportable dentera. Pero esto nunca se lo dijo, ya que ella se lo compró con todo su amor y él sólo pudo regalarle, un año más, una solitaria promesa de que nunca olvidaría una fecha tan importante.

Bruno regresó a la cocina para desayunar su resumen diario de tragedias, muertes y desgracias que escupía su pequeña radio a pilas, mojándolas con leche con galletas.

Acabado el desayuno, recogió todo y, presuroso, se dirigió de nuevo al baño, se bajó los pantalones y se sentó en el retrete con el codo apoyado en la pierna y, descansando la cabeza sobre la palma de su mano, parecía 'el pensador de Rodin'. Esta escena le recordó su época de adolescente en la que con tanta frecuencia visitaba al 'señor Roca', para hacer 'trabajos manuales', ocupación a la que dedicó gran parte de su adolescencia y que tantas alegrías le dio, aunque también algún disgusto en forma de acné.

Desprecintó el bote y 'cogió el toro', y no precisamente por los cuernos, para ponerse manos a la obra, pero antes debía encontrar un pensamiento que le ayudara a llevar a buen puerto su cometido. Cerró los ojos

e intentó rescatar de su mente la imagen de aquella rubia desconocida que tan sólo unos minutos antes le había levantado algo más que el ánimo en sus sueños.

En el interior del cuero cabelludo de Bruno, atravesando la caja ósea denominada cráneo, se encuentra la corteza cerebral y, en ella, un grupo de células nerviosas con sus prolongaciones protoplásmicas, más conocidas como neuronas, se movilizaron para buscar ese recuerdo que tanto urgía a su omnipotente y todopoderoso jefe:

-Nada, hemos mirado en el hemisferio izquierdo e incluso en el derecho y no hay ni rastro de ese pensamiento, ni siquiera está en la papelera de reciclaje.

-Y todas, vuestras compañeras, ¿se puede saber dónde están?- preguntó la neurona superior.

-Hemos sufrido demasiadas bajas -respondió la neurona sabihonda- La monumental ingesta de alcohol producida tan sólo hace unas pocas horas ha derivado en una severa intoxicación que ha ocasionado irremediablemente la muerte de una gran cantidad de nosotras. El resto está de baja, recuperándose de los estragos causados por el Etanol.

-Me estoy poniendo nerviosa -dijo la célula- Está bien, buscad algún otro pensamiento excitante, da igual que sea real o imaginario, pero hay que provocar una erección como sea, y lo necesito ¡YAAAAA!

Todas las neuronas disponibles (es decir, ocho) se pusieron en marcha, tenían que localizar un pensamiento que pudiera excitar al 'Boss'. Buscaron en diferentes secciones de recuerdos, hasta que llegaron a la sección de 'Tías en pelotas' y rápidamente mandaron un impulso nervioso al cerebro en forma de imagen.

Fuera, en el exterior, Bruno, comenzó a vislumbrar algo:

-¡Sí! Veo una mujer de espaldas, escasa de ropa, ¡qué curvas, qué trasero! Síííí. Aceptado el estímulo, su cerebro comenzó a mandar pequeñas descargas eléctricas a través de la médula espinal, que causaron un incremento en el flujo de sangre hacia el pene. Esto no sólo aceleró su ritmo cardíaco, sino también el de su brazo, y aquello al igual que el IPC comenzó a subir, subir, subir...

-Todo va viento en popa, ya sólo necesito saber de quién se trata. ¡Cerebro, dale la vuelta ya! ... ¡JODERRRRR!

Bruno paró en seco, como cuando se gripa el motor de un coche de alta competición. Su mente le había jugado una desagradable sorpresa, aquella chica de cuerpo escultural era ni más ni menos que un híbrido entre mujer y ¡el doctor Morales! Tal vez fuera casualidad, o una venganza de las neuronas por las bajas de sus compañeras, pero de aquello no pudo recuperarse. Y, al igual que el poder adquisitivo de las familias españolas, aquello comenzó a bajar, bajar, bajar.

Ante semejante cuadro, y harto de los desplantes de su imaginación, sólo había una forma de volver a levantar 'aquello' y él tenía la solución. Abandonó el cuarto de baño con los pantalones a la altura de los tobillos, avanzando con pasos cortos como si de un pingüino se tratase, directo al revistero del salón en busca de una de esas publicaciones femeninas que compraba mensualmente su mujer y que él no acababa de comprender que tuvieran tanta aceptación entre las mujeres, ya que parecían estar hechas y pensadas exclusivamente para hombres: modelos semidesnudas, desfiles de ropa interior, trucos para hacer que tu pareja alcance el orgasmo... La única diferencia con un Playboy era que, entre página y página, había un anuncio de crema hidratante o de perfume. Escogió una al azar y regresó al baño con paso acelerado, se sentó y comenzó a pasar páginas, buscando entre el papel couché a su víctima. Allí estaba, inmóvil, a todo color, desconocedora de la otra utilidad que despertaba en mí su sección gráfica: "Ejercita tus glúteos" y, de esta forma, ¡COMENZÓ LA RECOLECCIÓN!

Sólo unos cuantos minutos fueron necesarios para que llevara a cabo su placentera misión y, al igual que Poncio Pilatos, se lavó las manos y guardó el bote con toda su carga genética en una pequeña bolsa de un conocido centro comercial.

Cerró con suavidad la puerta de su casa para no despertar a la mujer a

la que tanto amaba, llamó al ascensor y partió rumbo al Hospital. En la calle no había ni un alma. Bruno sospechó que algo tendría que ver el que fuera martes, 1 de agosto.

El ruido ensordecedor del metro a la salida del túnel hizo que se llevara la mano a la sien, la resaca le hacía hipersensible a cualquier sonido un poco más alto de lo normal. Cuando frenó el convoy, sus puertas se abrieron, y él se apartó para dejar salir a la gente, pero esta vez la monstruosa máquina de acero y fibra de vidrio no vomitó a cientos de personas corriendo despavoridas en busca de la salida. ¡Sorprendentemente, no apareció nadie! Estaba tan poco acostumbrado a aquella situación que le costó decidirse en qué asiento sentarse. Escogió uno situado justo en el centro y posó la bolsa con gran delicadeza en el sitio de su derecha, a fin de cuentas, también ellos se merecían un asiento cómodo. El silbato alertó del cierre inminente de las puertas y el gran gusano metálico continuó su camino por las entrañas de Madrid. El brusco traqueteo del vagón servía como improvisada canción de cuna para tres sudamericanos que dormían plácidamente, apoyando sus cabezas unos contra otros.

Había un largo trecho desde la parada hasta el Hospital, así que Bruno y sus espermatozoides aceleraron el paso, pero, cuando ya sólo faltaban unos cuantos metros para llegar a la entrada, un ambulancia que circulaba a toda velocidad atravesó un enorme charco que le empapó por completo de agua y lodo. Con un par de kleenex que llevaba en el bolsillo del pantalón, se limpió como pudo, pero los pegotes de barro ya formaban parte de su estética, parecía un soldado de camuflaje y no pudo más que resignarse a su nuevo y recién adquirido look militar.

Al entrar se dirigió al abarrotado mostrador de información y esperó a que llegara su turno. Cuando le tocó, miró hacia los lados y disimuladamente hacia atrás y, al ver que la fila había aumentado en cinco o seis personas más, decidió acercarse lo máximo posible a la recepcionista para susurrarle su pregunta y que nadie pudiera escucharla.

-¿Qué desea? -dijo con tono frío y cansino, como si se tratase de un robot.

-Sí, verá... -murmuró Bruno, mientras le mostraba la bolsa a C3PO - Traigo una muestra de esperma. ¿Podría indicarme dónde debo entregarla?

- ¡UN RECUENTO DE ESPERMA! -Gritó ella, como si la pregunta la hubiera realizado el último de aquella larga fila - Sí, al fondo del pasillo a la derecha.

Los pómulos de Bruno enrojecieron hasta parecer un semáforo en rojo. Ahora que todo el mundo sabía lo que escondía tras su bolsa, decidió prescindir de ella y la tiró en una papelera. Se sentó con el bote entre sus piernas, pensó que tal vez de esta manera su esperma al estar cerca de su hogar no tendría morriña y aguantaría más. Pasado un rato, una simpática y bella enfermera le tomó sus datos, y él, a cambio de tanta amabilidad, le entregó lo único que tenía a mano, un par de millones de espermatozoides.

-Ya está todo, caballero -dijo la joven enfermera- En un par de semanas remitiremos sus resultados al ambulatorio. Usted sólo tiene que pedir cita con su médico de cabecera y el le dirá los pasos a seguir.

-¡Muchas gracias, que tenga un buen día! - Se despidió amablemente Bruno.

Habían pasado dos largas semanas desde que Bruno se hiciera 'la prueba' y hoy por fin tenía cita con el doctor. Estaba tan nervioso que apenas pudo pegar ojo en toda la noche. Al llegar a la consulta, comprobó que su nombre figuraba en la lista que había colgada en la puerta: '8,15 h. Bruno López García'. En la consulta sólo había un trajeado señor de unos cincuenta años que no paraba de toser. Se acercó a él manteniendo la distancia para no contagiarse y le preguntó si sabía por qué hora iban.

-Hace un rato pasó una señora que tenía cita a las ocho -respondió

entre toses. Bruno, le agradeció la información y miró su reloj. Él era el siguiente, así que decidió esperar de pie. Inesperadamente se abrió la puerta.

-¡Hombre, Doña María! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo está? Veo que ya le han quitado la venda. ¡Ve como no era nada! -dijo Bruno.

-¿Nada? Me han quitado la venda... ¡Y el brazo! -profirió enojada.

Al observar con más detenimiento a Doña María, se percató de que le habían amputado el brazo a la altura del codo. Bruno se puso nervioso y cuando esto le pasaba era propenso a todo tipo de meteduras de pata o, mejor dicho, ¡de brazo!

-Mírelo por el lado bueno. Ahora se ahorrará una pasta en crema de manos.

No podía creer lo que acababa de decir. Si no escapaba pronto de ahí, la cosa iría de mal en peor, no tenía control sobre sus palabras. De repente, escuchó su nombre.

-¡BRUNO LÓPEZ! - reclamó el doctor a su siguiente paciente.

- Lo siento, es mi turno y ya sabe cómo se las gasta el doctor. Lamento mucho lo que le ha pasado. Dé recuerdos a su brazo, digo a Don José. ¡Hasta luego!

Nunca imaginó que escuchar la voz del doctor Morales le causara tanta alegría y, de esta torpe y atropellada manera, se despidió de la incompleta Doña María.

-¡Ahhh, usted! -dijo el doctor, al verle entrar. -Antes de nada, me gustaría pedirle perdón, no he tenido ocasión de volverle a ver desde aquel día. Lamento si le ofendí, pero no era mi intención y aprovecho para darle las gracias, ya que desde ese día he decidido tomarme las cosas con más sentido del humor. Usted me ha hecho descubrir las propiedades terapéuticas de la risa. Bueno, una vez dicho esto, tengo encima de mi mesa los resultados de su análisis.

El doctor se puso sus pequeñas gafas, abrió un gran sobre y comenzó

a leer en silencio. Era como Mayra Gómez Kemp en el ¡Un, Dos, Tres!. Él tenía en sus manos la solución al enigma y sólo había dos posibles opciones: ‘apartamento o calabaza’ o, lo que era lo mismo en mi caso, ‘machote o eunuco’. Bruno observó la cara del doctor, intentó adivinar a través de sus gestos lo que se escondía tras aquel informe y llegó a la conclusión que estaba todo perfecto, lo cual le tranquilizó. ¡No había nada que temer!

-¡Vaya, vaya! Creo que tengo malas noticias, Bruno -lamentó el doctor.

-¡Me lo temía! Dígame la verdad, sin tapujos. -dijo resignado Bruno.

- Está bien, seré lo más claro posible. Tiene lo que denominamos el síndrome de inmovilidad ciliar. Esto quiere decir que su recuento de esperma es normal, pero los espermatozoides no tienen movilidad alguna. Es lo que nosotros denominamos coloquialmente el síndrome del esperma ‘empanao’. Para que se haga una idea, un hombre sano puede eyacular alrededor de 120 a 600 millones de espermatozoides, pues bien, en su caso, sólo uno de cada millón es activo.

- Eso quiere decir, doctor, que... mis testículos son como las bolas de un árbol de Navidad, sólo sirven para decorar ¿No podré tener hijos nunca, verdad?

-Nunca es una palabra que no me gusta utilizar. Es complicado, pero no imposible. Ahora, la medicina ha avanzado mucho en ese aspecto, inseminación artificial, fecundación in vitro, tiene múltiples alternativas que deberá consultar con su mujer. ¡Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana!

- Sí, pero en mi caso, no ha cerrado una puerta, ¡ha cerrado mi grifo! En fin, muy amable doctor, tendré que meditar tranquilamente sobre lo que me ha dicho.

Apesadumbrado tras los implacables resultados, el joven Bruno maldi-

jo a sus 'pelotas' por haberle abandonado y se marchó lleno de tristeza. En el camino de vuelta a casa, le vinieron a la mente, uno a uno, todos los acontecimientos que pudieron haberle pasado factura en el pasado: los múltiples balonazos que recibió en su niñez como defensa en el equipo de fútbol de su barrio; cuando quiso emular a Perico Delgado en su adolescencia, subido horas y horas en aquel estrecho e incómodo sillín de su bici de carreras; o, quién sabe si fue en su etapa heavy, con aquellos estrechos pantalones de 'pitillo' o vulgarmente llamados 'marcapaquetes' en los que se embutía día tras día.

Al atravesar el parque, observó a unos niños pequeños jugando alegremente en los columpios. Esta escena le produjo un gran dolor e hizo que tuviera que esconderse tras unos arbustos para llorar desconsoladamente.

Eva estaba preparando la comida y, al oír la llave en la cerradura, dejó todo para salir al encuentro de su amor y, al verlo, se lanzó sobre él para cubrirlo de besos.

- Bruno, ¿qué te pasa? ¿Has llorado? ¿Te encuentras bien?

-¡Mi esperma tiene menos fuerza que una gaseosa de la guerra civil! Deberías buscarte a un hombre de verdad, yo ni siquiera valgo para hacerte un hijo.

Mientras Bruno se machacaba a sí mismo con duras palabras, sus ojos enrojecieron y volvieron a llenarse de lágrimas que rodaron a gran velocidad por su abatido rostro. Eva comenzó a besarle con gran dulzura y cariño y paró sus lágrimas con sus labios.

-¡Bruno, escúchame! -dijo, agarrando su cara con las dos manos.- ¿Quién te ha dicho que para mí eso es lo más importante? ¡Yo te quiero a ti y no necesito nada más! Tú das luz y color a mi vida y puedo prescindir de todo, menos de ti.

Un poco más abajo del ombligo de Bruno, atravesando el enrevesado bosque de su vello púbico, en sus testículos, o más conocido vulgarmente como: Bemoles, pendientes

reales, bolas, criadillas, pelotas, pelendengues... en el cálido huevo izquierdo, entre millones de espermatozoides, dos grandes amigos: Mariano y Salvador, nadaban plácidamente en el líquido seminal mientras charlaban de sus inquietudes.

-¡Mariano! ¿Tú crees que fuera del huevo pueda haber vida 'extrahuevil'?

-Yo creo que sí. Es más, estoy seguro de que todos formamos parte de un inmenso organismo vivo y que nuestras acciones repercuten en todo el universo, e incluso pueden cambiar todo el proceso de la evolución.

- Sí, la famosa teoría de Gaia, la diosa del huevo. No sé, Salvador, me parece pretencioso pensar que nosotros, insignificantes espermatozoides, podamos alterar o cambiar nada -dijo Mariano.

-No te desprecies por tu tamaño, Mariano, hasta un átomo hace sombra.

Amigos del alma desde su nacimiento, y compañeros de huevo toda la vida, los dos espermatozoides hacían una extraña y singular pareja, no sólo por la gran diferencia de envergadura entre ellos dos, ya que Mariano era grande y robusto y Salvador diminuto y enclenque, sino porque ambos estaban en total desacuerdo con el mundo que les había tocado vivir, rodeados de tanto pasota, vagos y 'empanaos' que no hacían más que quejarse por todo, pero nunca hacían nada para cambiar las cosas.

Mientras, fuera del huevo, en el exterior: las dulces caricias de Bruno y Eva se convirtieron en ardientes y apasionados lances que pronto prendió en ambos la chispa de la pasión y comenzaron a hacer el amor...

¡AUUUUA, AUUUUA...! Las alarmas resonaron con gran fuerza en sus testículos, era la señal que habían estado esperando toda su vida y por fin llegó el soñado momento.

-¡Rápido, muchachos, ha llegado la hora! Todos a vuestros puestos, tomad posiciones, todos los espermatozoides diríjanse a la rampa de lanzamiento.

Ante el asombro de Mariano y Salvador, aquello no despertó el más mínimo interés en el resto de sus compañeros, que fueron hacia la rampa con gran parsimonia.

-¿Dónde iremos a parar? - preguntó atemorizado Mariano.

Su duda era totalmente razonable, ya que una vez en el cañón de lanzamiento, su destino era incierto, porque de las 7.200 veces que aproximadamente un hombre eyacula en toda su vida, unas 2.000 de ellas lo hace masturbándose, acabando así en cualquier extraño e inhóspito lugar: la taza de water, la tapicería de un coche, atrapados en el interior de una gran bolsa de látex, etc.

¡OHHHHHHHHH! Gritaron todos los espermatozoides al unísono. Las contracciones musculares del pene, hicieron tambalearse a toda la masa que esperaban impacientes a que se produjera el despegue. La eyaculación apenas duró unos cuantos segundos y un gran ejército de diminutos soldados desembarcó en el interior de la gran "cueva" de Eva a la increíble velocidad de 45 kilómetros por hora.

-¡Guanuu! Ha sido increíble -dijo Salvador mientras se quitaba el casco.

-¿Dónde estaremos?-exclamó Mariano, aturdido tras el brusco aterrizaje.

-Creo que es una preciosa vagina - señaló Salvador, boquiabierto.

Pero para muchos de ellos la misión había acabado nada más empezar, el batallón de apoyo no logró acceder al interior y quedó fuera, atrapado en el pubis; otros muchos perecieron tras el violento aterrizaje, debido a los fluidos vaginales altamente ácidos; y el resto, los 'empanaos', tiró la toalla nada más llegar. Salvador volvió su vista atrás y lo que contempló fue un desolador campo de batalla con miles, millones de sus compañeros con los que había crecido y compartido testículo, muertos, abrasados y mutilados. Mientras la vida intentaba abrirse camino, el sobrecogedor espectáculo de la muerte había hecho acto de presencia.

-Hay que ponerse en marcha, el tiempo corre en nuestra contra -dijo Mariano.

Impulsados por su cola cual hélice de un barco, emprendieron su viaje en busca de un sueño ¡en busca del óvulo!

-¡Tenemos que llegar al útero por el cuello uterino! -señaló Salvador.

-Eso, y luego dirigirnos a las trompas de Eustaquio -apuntó Mariano.

-¿Eustaquio? El oído nos pilla un poco lejos, querrás decir de Falopio!

-¡JA, JA, JA! - los dos se partieron de risa y prosiguieron su camino.

Una vez en las trompas de Falopio, a nuestros dos pequeños e intrépidos valientes

se les planteó un nuevo dilema, ¿izquierda o derecha? No, no se trataba de una elección política, sino del camino a escoger, ya que en el caso de que Eva estuviera ovulando, sólo uno de los dos ovarios albergaría el valioso óvulo. Los dos sabían que escoger un camino equivocado les conduciría irremediablemente a un agónico final y perecerían en las inmensas y laberínticas trompas.

-¿Qué te dice tu instinto, Salvador? -preguntó Mariano.

-No sé. Si me equivoco, ya no podremos dar la vuelta y moriremos, ¿lo sabes?

-¡Sí, lo sé! Pero yo voy contigo al fin del mundo -dijo con rotundidad Mariano.

-No sé, creo que debemos ir... ¡A la izquierda!

Solos, en un entorno desconocido, hostil y lleno de peligros, retomaron su largo camino de 18 centímetros de distancia en busca de algo que nunca habían visto, poniendo sus microscópicas vidas en juego por un ideal.

-¿Y si nos han engañado, Salvador? -Se preguntó Mariano, dudando. ¿Y si todo es mentira y no existe ningún ovulo y es la manera que tienen los gobernantes del huevo de deshacerse de nosotros cuando dejamos de ser útiles?

-Eso nunca lo sabremos, Mariano, pero cuando uno lucha por lo que cree, lo demás no importa. Es posible que muramos sin encontrarlo, pero ¿acaso no sería peor morir sin haberlo intentado?

-Tienes razón, es preferible morir persiguiendo un sueño que vivir soñando.

Los dos pusieron su cola en marcha y continuaron su peligrosa travesía. Ya habían transcurrido varios días y estaban agotados, exhaustos. Los dos decidieron parar en un pliegue del cuello uterino para intentar recuperar fuerzas. Súbitamente, apareció un leucocito cuya única misión era destruir células y otros cuerpos extraños. Les había seguido el rastro y atacó por sorpresa a Mariano. Comenzó así una cruel y despiadada lucha. Salvador, al ver a su amigo en peligro, tomó impulso y se lanzó a gran velocidad contra el. El duro golpe hizo que el enemigo aturdido buyera, pero Salvador, abatido, se desmoronó cayendo sobre el suelo.

-Salvador, Salvador, ¿me escuchas? ¿Por qué lo has hecho, amigo?

Era cuestión de tiempo que el leucocito regresara con refuerzos, millones de glóbulos blancos, dispuestos a destruirlos, pero Mariano no quiso abandonar a su valiente amigo que acababa de dar su vida por ayudarlo a él. Salvador no respondía a ningún estímulo, no se movía. Mariano comenzó a realizarle unas maniobras de primeros auxilios que aprendió cuando era socorrista de la piscina del huevo.

-Mariano, ¿eres tú? -dijo con voz debilitada el pequeño espermatozoide.

-Sí, amigo, soy yo -Mariano comenzó a llorar de alegría -¡No estás muerto!

-No, pero como sigas haciéndome esas maniobras sí lo voy a estar.

Mariano abrazó a Salvador y dio gracias al todopoderoso por devolverle a su amigo.

-Debes dejarme y continuar tú -comentó Salvador. Pronto volverán.

-No digas tonterías, Salvador ¡No te dejaré solo! Tenemos una misión que cumplir juntos - Mariano ayudó a incorporarse a su pequeño amigo.

-Mira qué bonito amanecer, el sol está saliendo por el horizonte -dijo Salvador.

-¿El sol? Un momento, eso... eso no es el sol, creo que es... ¡Ohh, sí! ¡Es un óvulo, un precioso y gran óvulo!

Los dos se abrazaron y rieron, lo habían conseguido. Allí, a lo lejos, a más de dos centímetros de distancia, se hallaba aquello que tanto anhelaban y por lo que tanto habían luchado, pero los glóbulos blancos los habían localizado y se encontraban escasos milímetros. Mariano se dio cuenta, agarró con su cola a Salvador y emprendió rumbo al óvulo a gran velocidad, en una frenética carrera en la que apenas tendrían tiempo para atravesar la membrana protectora que recubre el óvulo. Llegó al óvulo exhausto, divisó una pequeña fisura en un lateral y se dirigió hacia ella.

-Salvador, entra rápido, ya están aquí -dijo Mariano, mientras trataba de abrir con su cola la minúscula grieta, los glóbulos blancos comenzaron a atacarlo.

-Mariano, eres tú el que debes entrar, tú lo has encontrado.

-No hay tiempo para discutir ¡No creo que pueda sujetarlo mucho tiempo! De acuerdo, no me dejas otra alternativa Salvador.

Mariano agarró a Salvador por la cola y, de un súbito e imprevisto empujón, lo introdujo en el interior del óvulo, momento en que la membrana se cerró quedando a salvo en su interior. Con gran impotencia, Salvador sólo pudo contemplar como espec-

Uno entre un millón - Tomás García Baringo

tador de un macabro espectáculo a través del otro lado, cómo su amigo del alma era aniquilado ferozmente por millones de células asesinas.

-Salvador, el mundo necesita tipos como tú. ¡No me olvides! ¡SUERTE!

Roto de dolor, se adentró hacia la destellante luz del interior, sus genes se fundieron con el núcleo del óvulo y éste comenzó a dividirse. Algo grande y maravilloso acababa de comenzar.

Y así, de esta mágica y milagrosa manera, gracias a la fe y a la amistad de dos pequeños y diminutos espermatozoides, la maquinaria de la vida puso sus engranajes en funcionamiento. Por lo demás sólo cabe decir que nueve meses después, Eva y Bruno fueron papás de dos preciosos y sonrosados gemelos de tres kilos y medio cada uno, que les colmaron de absoluta felicidad: Os presento a Lucía y Juan Salvador.

FIN